



para salvar al hombre para la eternidad, le hiere al mismo tiempo en la salud del cuerpo y en las afecciones del alma, en lo que se posee y en lo que se ama.

Lo que hace con el hombre como individuo, lo hace también como nación; tolera y sostiene, sin aprobarlos, los desórdenes, los extravíos, los excesos. Frecuentemente, para conservar el conjunto, hiere á ciertas partes gangrenadas; los individuos perjudiciales al todo son castigados de muerte por su orden y para ejemplo, lo mismo que el blasfemador y Achan. Algunas veces, cuando la nación entera ha colmado la medida de sus crímenes y de su edad, es castigada de muerte.

El hombre, lo mismo que el género humano, vivirá igualmente su edad. Dios tolera de esta manera muchas cosas, pero no todo; las tolera largo tiempo, pero no siempre: testigo el diluvio, que hiere de muerte el antiguo mundo; la confusión de lenguas, que castiga el mundo nuevo. Si no le hiere completamente, castiga á los miembros, como se castiga á los individuos en una nación para inspirar un temor saludable á los demás é impedir la prevaricación total. Sodoma servirá de ejemplo en su tiempo; Egipto al suyo; los cananeos al de ellos.

Por lo demás, estos cananeos podían convertirse, no ignoraban la religión verdadera: Melquisedec, Abraham, Isaac y Jacob se la habían hecho conocer bastante. No les habían faltado advertencias: hacia cuatro siglos que estaban avisados de la suerte que les amenazaba; hacia cuarenta años que la venganza del cielo, saliendo de Egipto, levantaba la espada contra ellos. Los egipcios, heridos con horribles plagas, después absorbidos por las olas; los israelitas alimentados por el maná del desierto, guiados y protegidos por la nube, el Jordán retrocediendo á su aproximación, los muros de Jericó destruidos; hé aquí ciertamente cosas que hablaban muy alto; lo sabían tan bien como Rahab y los gabaonitas; podían, como ellos, encontrar allí su salvación.

¿Pero qué necesidad hay de nuestros pensamientos? Oigamos más bien los que el Espíritu Santo ha inspirado al sábio.

«¡Oh cuán bueno y suave es, Señor, tu es-

piritu en todas las cosas! Por esto corriges por partes á los que yerran, y los amonestas de las cosas en que pecan, y les hablas para que, dejada la malicia, crean en tí, Señor.

Pues á aquellos moradores antiguos de tu tierra santa, á quienes tú aborreciste, porque hacían obras que te eran abominables por sus maleficios y sacrificios impíos, y mataban sus propios hijos sin misericordia, y comían las entrañas humanas y su sangre, contra vuestra sagrada disposición, y á los padres autores de almas no socorridas, les quisiste destruir por las manos de vuestros padres, para que la tierra que te es la más amada de todas recibiese una colonia digna de hijos de Dios.

Sin embargo, perdonaste á estos pecadores, atendiendo á que eran hombres, y les enviaste abispos, como batidores de tu ejército, para que les exterminasen poco á poco. No porque no podías someter por armas los impíos á los justos, ó acabarlos á una con bestias crueles, ó con el rigor de una sola palabra, sino que juzgándoles por grados, dabas lugar á penitencia, aunque no ignorabas que es malvada la casta de ellos y su malicia profundamente arraigada, y que jamás se podría mudar su modo de pensar, porque su raza era maldita desde el principio.

No porque temas el poder de alguno les dabas treguas en sus pecados, porque quién te dirá: ¿Por qué has hecho esto? ¿ó quién se opondrá á tu juicio? ¿ó quién se pondrá en tu presencia por defensor de los hombres inicuos? ¿ó quién te hará cargo, si perecieren las naciones que tú hiciste? Porque no hay otro Dios sino tú, que de todas las cosas tienes cuidado, para mostrar que no hay injusticia alguna en tus juicios. Y ni rey, ni tirano delante de tí pedirá cuenta de aquello que tú destruiste. Siendo, pues, tú justo, con justicia ordenas todas las cosas, y crees que es ajeno de tu poder el condenar á aquel que no merece ser castigado. Porque tu poder es el principio de la justicia; y por lo mismo que eres el Señor, en todas las cosas te haces clemente con todos. Muestras tu poder cuando no te creen que eres soberano en poder, y confundes el atrevimiento de aquellos que no te reconocen. Dominador



en la fuerza, juzgas con tranquilidad y nos gobiernas con grande comedimiento, porque tienes el poder en la mano cuando quieres.

Enseñaste á tu pueblo por tales obras que conviene ser justo y humano, é hiciste á tus hijos tener buena esperanza, porque juzgando das lugar á la penitencia en los pecados. Pues si á los enemigos de tus siervos y reos de muerte castigaste con tanta circunspección, dándoles tiempo y lugar en que se pudieran apartar de la malicia, ¿con cuánto cuidado juzgaste á tus hijos, á cuyos padres hiciste buenas promesas con juramentos y con pactos! Así pues, cuando nos das una corrección, azotas de mil maneras á nuestros enemigos, para que atentos pensemos en tu bondad; y cuando seamos juzgados, esperemos en tu misericordia.

Por lo cual, aun á aquellos que vivieron como insensatos é injustos, les diste sumos tormentos por medio de aquellas cosas que adoraron, porque en el camino del error anduvieron largo tiempo, creyendo dioses aquellas cosas que entre los animales son inútiles, viviendo á manera de niños insensatos. Por esto, como á muchos insensatos, les castigaste por medio de moscas. Mas los que no se enmendaron con escarnios ni con reprensiones, experimentaron un juicio digno de Dios, porque padeciendo con indignación por causa de aquellas cosas que tenían por dioses, viéndose exterminar por estas mismas, reconocieron ser verdadero Dios aquel á quien en otro tiempo decían que no conocían; por lo cual vino sobre ellos su final condenación (1).»

También en esta última condenación podía escaparse de la muerte por la huida; aun era esta la formal intención de Dios. Había dicho á los hijos de Israel por medio de Moisés: «Enviaré delante de vosotros mi terror, y esparciré la confusión entre todos los pueblos que acometiéreis, de suerte que todos vuestros enemigos os volverán la espalda. Enviaré delante de vosotros abejones que pondrán en huida al heveo, al cananeo, al heteo, antes que entreis en esta tierra. No les arrojaré de vosotros en un año, á fin de que la tierra no se cambie en una sole-

(1) Sap., 12.

dad, y las bestias no se multipliquen contra vosotros. Yo les echaré poco á poco, hasta que seáis en mayor número y poseáis la tierra (1).» Así, la pena de muerte no era más que para los que no quisieran convertirse ó retirarse.

Esta tierra, por otra parte, no les había sido dada en herencia, como nos lo indican antiguos autores, pues ellos habían venido del golfo Pérsico y del mar Rojo (2). Una nueva emigración no era difícil, ni penosa. Ya, sin duda, el interés de su comercio les había hecho comenzar algunos establecimientos sobre las costas de Europa y de Africa. La expedición del conquistador egipcio, Sesostris, que atravesó su país como un torrente, los primeros años que los israelitas viajaban por el desierto, debió aumentar la emigración para las nuevas colonias; la conquista de su país por los israelitas, que duró desde Josué hasta Salomón, no hizo más que generalizarla y hacerla más universal.

En este período es también cuando se ven fundar por todas partes ciudades y colonias famosas: Tebas, en Beocia; Útica, Hippona, Cartago, en Africa; Gades, ó Cádiz, en España. En tiempo de Moisés fué cuando, según nos dice Diodoro de Sicilia, el fenicio Cadmo fundó á Tebas y llevó á Grecia las letras del alfabeto (3). En el siglo VI de la era cristiana, Procopio escribe que en la ciudad de Tingis, en Mauritania, se veían dos columnas que atestiguaban por su inscripción que los primeros habitantes del país se habían refugiado allí huyendo de la espada de Josué. Léíase en ella: «Nosotros fuimos los que huimos del bandido Jesús, hijo de Navé (4).» Este es el nombre de Josué en griego. En tiempo de San Agustín, estos púnicos ó fenicios de Africa, interrogados por su origen, respondían sin vacilar que eran cananeos; y aunque ellos no lo confesasen, lo decía su lengua suficientemente; su perfecta semejanza con el hebreo, la antigua lengua del país de Canaan, no podía desconocerse. San Agustín cita muchos ejemplos, añadiendo que era casi lo mismo en todas las palabras; en particular los

(1) Exodo, 23, 27 y 30.

(2) Her., lib. I, c. I. Est., lib. I. Just., lib. XVIII.

(3) Diod., *Frag.*, lib. XL.

(4) Procopio, *Historia de los vándalos*, lib. II, c. X.



principales magistrados de Cartago, los *suffetas*, recuerdan visiblemente á los *suffetim*, ó jueces de los hebreos.

No solamente la lengua, sino tambien el carácter, señalaba á los púnicos como descendientes de los cananeos. Los cartagineses, como los fenicios, de donde procedían, dice un escritor de nuestros días, parecen haber sido un pueblo triste y duro. En Cartago tambien la religion era atroz, y encargada de terribles prácticas. En las calamidades públicas, los muros de la ciudad estaban cubiertos con una tela negra. Cuando Agatocles sitió á Cartago, la estatua de Baal, enrojecida por el fuego interior que constantemente se alimentaba, recibió en sus brazos hasta doscientos niños, y trescientas personas se arrojaron tambien en las llamas. En vano fué que Gelon, vencedor, les prohibiese inmolar víctimas humanas; la Cartago romana tambien en tiempo de los emperadores continuaba secretamente estos afrentosos sacrificios.

Cartago representaba su metrópoli, pero con inmensas proporciones. Colocada en el centro del Mediterráneo, dominando las costas de Occidente, oprimiendo á su hermana Útica y á todas las colonias fenicias de Africa, mezcló la conquista con el comercio, se estableció por todas partes á mano armada, fundando factorías á pesar de los indígenas, imponiéndoles derechos y aduanas, forzándoles, ya á comprar, ya á vender. Hacia ahogar á todos los extranjeros que traficaban en Cerdeña y hacia las columnas de Hércules; prohibía á los sardos cultivar la tierra bajo pena de la vida (1).

Se puede comprender por esto cuál hubiera sido la suerte de la humanidad si la raza de Canaan hubiera llegado á ser para siempre la dueña de ella. Gracias á Dios, el país de Canaan, que vino á ser la Judea, será la salvacion del mundo.

(1) Michelet, *Historia romana*, lib. II, c. III.

CAPITULO IV

Reparticion de la tierra de Canaan.—Patrimonio de las tribus de Ruben, de Gad y de la primera mitad de la tribu de Manassés.—Porcion de Judá, de Efraim, de Caleb; destruccion de los gigantes.—Carros armados usados en la guerra.—Los veintiun enviados.—Particion de la tierra correspondiente á las siete restantes tribus.—El bálsamo de Jericó.—Herencia de Josué.—Ciudades de refugio.—Ciudades levíticas.

Habiendo realizado Josué la conquista de la tierra de Canaan en su mayor parte, el Eterno le dijo: «Tú eres ya viejo y avanzado en edad, y faltan todavía muchas tierras que conquistar, á saber: el país de los filisteos, dividido en cinco principados, Gaza, Azot, Ascalon, Geth y Accaron; la Fenicia, comprendiendo en ella á Sidon; las regiones del Líbano, desde Baalgad, debajo del monte Hermon, hasta la entrada de Emath ó de Emesa.» Dios promete expulsar tambien á estos pueblos más tarde. Si no lo hizo entonces, es porque los hijos de Israel no eran todavía bastante numerosos para ocupar todos estos países; es porque quería que sus descendientes se ejercitasen igualmente en la guerra; era, en fin, para experimentar si eran fieles en ejecutar las órdenes que habia dado á sus padres por medio de Moisés (1). Así es como la Escritura se explica en otra parte. Dios mandó, pues, á Josué repartir estas tierras con las demás ya conquistadas.

Esta reparticion no se referia más que á nueve tribus y á la mitad de una. Las tribus de Ruben, de Gad y la mitad de la de Manassés tenían ya su parte al otro lado del Jordan; Ruben, el grueso del reino de Hesebon, separado del país de Canaan por el Jordan, al Occidente; del país de los madianitas, por las montañas, al Oriente; del país de los moabitas, por el torrente Armon, al Mediodía; y confinando al Norte con la tribu de Gad. En esta particion de Ruben se encontraba la montaña de Abarim, desde cuya cima Moisés contempló la tierra pro-

metida antes de morir, y el valle de Moab, en donde fué sepultado. Gad tenía el resto del reino de Hesebon, con la mitad del país de Galaad, y se extendía por un lado á lo largo del Jordan hasta el mar de Genesareth, mientras que por el otro confinaba con el país de los ammonitas, del cual estaba separado por el torrente de Jacob. El nombre de Galaad, ó Monton del Testimonio, fué dado á todo este país montañoso, porque en él se encontraba el monton de piedras que Jacob y Laban levantaron para testimonio, delante del Señor, de la alianza que acababan de contratar los dos.

Allí estaba tambien Mahanaim, ó el campo, porque Jacob, á su vuelta á Mesopotamia, volvió á encontrar allí el campo de Dios, es decir, sus ángeles; Fanuel, ó cara de Dios, porque este patriarca vió allí á Dios cara á cara en aquella misteriosa lucha, de donde le vino el nombre de Israel, ó fuerte contra Dios. Cerca de este lugar le salió al encuentro su hermano Esaú y se abrazaron llorando. La mitad de la tribu de Manassés tenía el resto del país de Galaad, con todo el reino de Basan. Desde la parte meridional del lago Genesareth se extendía, al Occidente y al Norte, hasta más allá de las fuentes del Jordan, en las montañas de Hermon ó del Líbano; al Oriente, tocaba con la tierra de los ammonitas y con la Arabia. Todos estos países eran extremadamente fértiles en pastos; sólo el nombre de Basan lo indica, porque significa craso. Así por esto Moisés habla en su cántico, de los carneros de Basan (1), y Salomon, en su

(1) Judic., 3, 1 y 4.

(1) Deut., 32, 14.